

Tajín, la metrópoli del arte

Desde años anteriores a la Era Cristiana, familias totonacas fueron poblando sin más planeación que la posibilidad. Quienes se asentaron donde posteriormente fue Tajín, en el último siglo de aquella época, seguramente participarían en el conjunto conquistador del valle de Teotihuacán, y sumarían su contribución para levantar la gran pirámide al sol, consagrada el año 63 ya de la Era Cristiana; el año 167 de la luna, y en 271 el templo a Quetzalcóatl, tras lo cual, invasores popolocas les arrebataron esa ciudad, capital de un imperio. Los totonacas, vencidos, regresaron a la vertiente del Golfo de México, aun cuando, haciendo alto en Tenamitic (Zacatlán), el grupo gobernante, decidió quedar en la región por si se presentaran condiciones de reconquista; otros, prosiguieron el éxodo, llegando a terrenos anteriormente suyos, el año 323, cual consta en uno de los relieves del Juego de Pelota Central.

En el área de Zacatlán prosperó el grueso del grupo totonaca. Decidieron fundar capital en Mizquihuacan, un tanto próxima. Omeécatl, primer emperador de la nueva dinastía, el año 687, asumió el mando constitucional con 52 años de término. Xatontan, segundo emperador, en 739, pudo finalizar su autoridad imperial, desde la sierra del hoy estado de Puebla y llegar hasta las arenas de la mar. Este gobernante decretó, y se cumplió, levantar un sepulcro monumental para que sus restos mortales, y de sucesores en el trono, fuesen inhumados. La coordenada geográfica para ello, resultó el pequeño poblado anterior al después llamado Tajín.

Fray Juan de Torquemada salvó la



crónica, y los datos rescatados por los actuales trabajos de arqueología permiten hilvanar la historia. No procederían de manera precipitada; debió haberse realizado muy responsable análisis geopolítico, para ubicarlo en el parteaguas de su Mesopotamia, entre los ríos Cazonas y Tecolutla, trópico húmedo, con vegas fecundas y posibilidades al riego rodado.

La zona urbana se alojó en donde terminaban sus laderas, para no restarle superficie al cultivo. El Tablero del cacao informa que previamente se mandaron plantar cacaotales, reforestadores, con grano de alto poder alimenticio, y usado en lugar de la moneda metálica. El año 743 la orden había quedado cumplida. El mausoleo se realizó, inspirado en el Templo a Quetzalcóatl de Teotihuacán, con el alternante sistema de tablero y talud en el exterior;

al interior, un "tiro" cual de tumbas en Jalisco, para bajar a la cripta, todavía no localizada. Sustituyendo al tablero, en lugar de cabezas de serpientes, representando a la época de sequía y a la de lluvias o humedad, los famosos "nichos" del Tajín, correspondientes a los días de cada una de las cuatro estaciones del año, en cada uno de sus cuatro lados; en total, 364 nichos, uno por día, en el calendario lunar, compuesto de trece lunaciones de 28 días cada una.

Primero se construyó para los muertos y después para los vivos. Tajín fue, inicialmente, un mausoleo regio, una pirámide para sepultar monarcas; no de otra manera en Egipto, ni distinto al Templo de las Inscripciones en Palenque. La obra requirió mucha mano de obra calificada, bajo la supervisión de ingenieros, arquitectos, artistas con

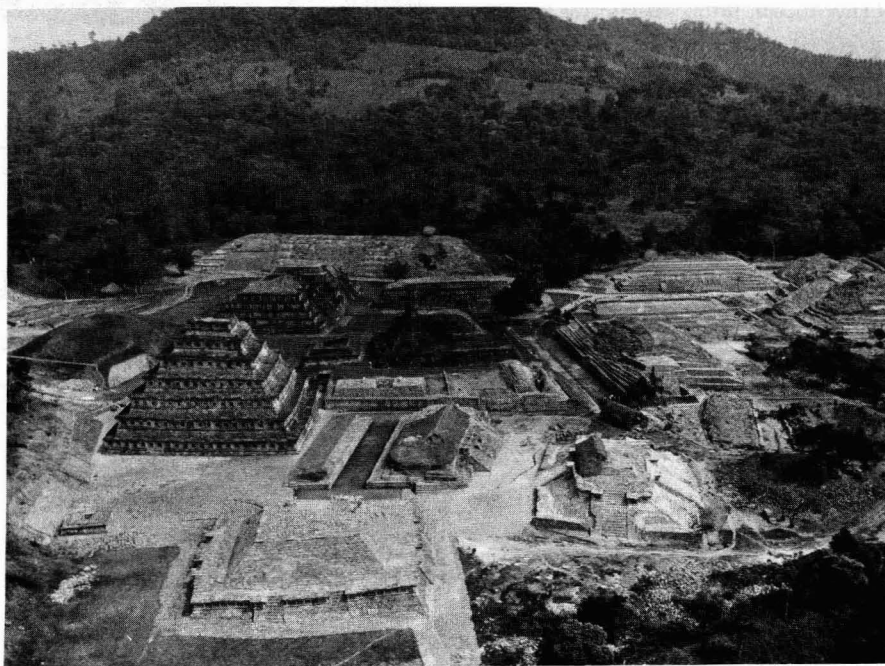
sabiduría y fina sensibilidad. El centro de trabajo creció, y seguramente cuando Xatontan mandó construir el mausoleo y, bien ubicado, lo dotó de recursos para subsistir y progresar, estaba pensando en la ciudad, que a pretexto de tumbas por imitación, crearían la necrópolis, luego metrópoli, no anárquicamente, sino bien proyectada, bajo el obligado nombre de Mictlan, lugar de muertos, en el idioma náhuatl, hablado por la hegemonía de Tula.

Tal vez, de momento, sólo se hicieron algunas otras construcciones, ya bajo un patrón arquitectónico y un estilo artístico que vino a resultar único en el mundo, y al tener un sitio de asentamiento, una parte de colinas y otra de tierra plana, determinaron ésta para lo sagrado y las colinas para lo civil, separando funciones; empero, ambos rubros coincidiendo en la importancia del pueblo y sus necesidades básicas; por eso, a la entrada, colocaron el mercado: ahí venderían sus productos, y a la vez, era la salida, para comprar cuanto llevarían a sus hogares. La vigilancia resultó imprescindible, por eso las construcciones a lo largo de la parte baja. Las colinas ya eran defensa, como lo fueron las acrópolis o los castillos feudales. Templos y monasterios tenían, además, la defensa de lo sagrado; las mansiones palaciegas, la protección de su poderío económico, político. Todo ello, realizado en unos 156 años, obligando a pensar el traslado de la capital, desde Mizquihuacan al Tajín, máxime, cuando se comparan los pocos y pobres montículos de Mizquihuacan, con las dimensiones y opulencia del Tajín, único no sólo en el Totonacapan, sino en todo Veracruz, y acaso, en paralelismo con Teotihuacán.

Los toltecas, llegados a Huatulco el año 76, acrecidos en reino, cambiaron su capital, fundando Huehuetlapalan el año 387, dentro de la porción veracruzana del Istmo de Tehuantepec. Escindidos por la guerra civil de 531, el grupo derrotado, el año 544, marchó rumbo a Teotihuacán, que desmoronaba su poder, y el año 661 asentó en Tula, de tierras vírgenes, volviéndola capital de su imperio con Quetzalcóatl, el hijo en la trilogía, por deidad moderna que, para 895 sería sustituido por Tezcatlipoca, cuando los olmecas his-

tóricos, bajo la denominación de nonoalcas, lograron adueñarse del poder político en Tula, para seguir gobernando el imperio. En Tajín hay pormenores. Todavía gobernaba Omeácatl, cuando llegaron, a Isla de Sacrificios, y desembarcaron en Chalchicueyecan (Veracruz) los olmecas históricos, el año 727. Su influjo llegó hasta los totonacas rápidamente, aumentando en el gobierno de Xatontan. Cuando a éste lo sucedió Teniztli, el año 791, los recién llegados ya provocaban, directa o

cado, y ya estaba fuera de la faz; pero, al concluir su periodo constitucional, en 895, moría el culto a Quetzalcóatl, haciéndose oficial el de Tezcatlipoca; para el Tajín, el cambio fue más radical. Entre los varios y trascendentes elementos culturales que los olmecas históricos impusieron, o los totonacas aceptaron, fue desde luego el dios Tezcatlipoca bajo el nombre de Huracán, traducido al idioma totonaca por Tajín, e hicieron agregar al Juego de Pelota dos tableros con lo más llamativo y popular de su



indirectamente, un conflicto en el valle de Orizaba, que formaba parte del Totonacapan, cimbrando al Tajín, obligando a consultar el oráculo, y grabando esta consulta en el más bello de sus doce Juegos de Pelota. Está en él, eternizada por el cincel en la piedra, una poderosa influencia de los olmecas históricos.

Teniztli significa El Encalado, y simbólicamente, se sacrificó para salvar a su pueblo. Tomó el mando el año 791, rebelión de las amazonas en el valle de Orizaba, y lo entregó, el año de 843, al inaugurar portentosas obras en el Tajín; coincidía con el año 13 Conejo, cuando el planeta Venus (Quetzalcóatl) realizó su tránsito por el disco del sol, seguido por el año Uno Caña, 843, ascensión de Panin, que significa "fuera de la faz", es decir, el planeta, pasando por la hornaza del sol, se había purifi-

esencia, cambiando a la ciudad el nombre de Mictlan por el de Tajín e inscribiéndolo en un par de placas pétreas.

El Totonacapan, después del año 900, continuó bajo el dominio de la Tula nonoalca; su progreso arquitectónico acaso pudo llegar sólo hasta el año 947, de sustanciales cambios. Continuaron construyendo algo más, que frente al pasado esplendor del Clásico Tardío parece decadente, aún cuando pudo haber sido el tanteo primitivo de un renacimiento en algo distinto. El año 1116, al perder la batalla de Tultitlán la casa reinante, sobrevino el fin de Tula. Su vacío de poder, a partir de 1168, fue llenado por los otomíes de Xólot, y las naciones concertadas con el imperio recobraron su plena independencia, el Totonacapan incluido; sin embargo Tajín sólo subsistía. La Gran Guerra de Quinatzin (1350) terminó con el triunfo

de la Reforma; la capital acolhua pasó de Tenayucan a Tezcoco, que inició su presencia por la costa del Golfo; pero los teochichimecas, también derrotados, lograron llegar a Tlaxcala y adueñarse del poder. Imaginaron una estrategia comercial, fueron los intermediarios del Altiplano con la costa, enriquecieron por partida doble; para 1363 ya tenían centros comerciales en el Totonacapan, y Papantla, uno de tantos, fue volviéndose punto geopolítico, desplazando a Tajín, definitivamente. A partir de 1450, la Triple Alianza, encabezada por Tenochtitlan, inició sus guerras de conquista en el hoy Estado de Veracruz, desde Temapache hasta Tuztla; el Tajín figuró como tributario en el Distrito Fiscal de Tuxpan; sorpresivamente, con el nombre de Mictlan, figura en el Códice Mendocino, de por 1549; pero, para 1580, en la Relación de Juan de Carrión, Alcalde Mayor, ya no estuvo; un silencio mágico la protegió.

El combate, más que a la droga del tabaco, a la evasión fiscal, entre la selva, hizo topar con las ruinas del Tajín, en 1785, a Diego Ruiz, cabo de ronda. *La Gazeta de México* dio la noticia; en 1804 lo publicaba Pedro José Márques. Noticias las dieron, Humboldt en 1811, Dupaix en 1834, Nebel en 1836. Francisco del Paso y Troncoso, con motivo del Cuarto Centenario del primer viaje de Colón, hizo su inspección primera el año 1892. Continuaron visitas, de Fewkes, y Seler; la de Palacios, y Meyer, en 1932, propendió a un futuro estudio, y el matrimonio Spinden lo inició el año 1933. En 1935, la Dirección de Monumentos Prehispánicos envió al ingeniero Agustín García Vega, quien hizo los primeros desmontes, remociones y planos, contando más de 30 montículos, apartando a Tajín Grande y Tajín Chico. De 1938 a 1977, la zona quedó a cargo del arqueólogo José García Payón, tan rico en cariño cuanto pobre de recursos económicos y humanos, aun cuando sí, con el inteligente valor de su esposa, pudieron ser conocidos unos ocho edificios.

Mientras la anticuada ley desconocía la existencia de los Estados y Municipios, el Instituto Nacional de Antropología e Historia nunca tendrá el dinero, ni el personal, para vigilar, evitar el sa-

queo, la destrucción, y menos para ensanchar el conocimiento, en los miles de zonas arqueológicas existentes. Así, estaba derrumbándose la Pirámide de los Nichos. El Gobernador de Veracruz, Agustín Acosta Lagunes, para su salvamento, destinó regulares millones de pesos, con lo cual muy poco se hizo. Fue Fernando Gutiérrez Barrios, nuevo Gobernador, quien sufragó el gasto y agregó a los arqueólogos de la Universidad Veracruzana, para el rescate del edificio célebre, primero, después, para iniciar



el descubrimiento y consolidación de la ciudad. Lo sucedió el Gobernador Dante Delgado, quien, coordinándose con la Federación, prosigue los trabajos. Su gobierno ha comprado todos los terrenos, realizado el gran drenaje, invertido miles de millones de pesos, y con una plantilla de técnicos, mueve hasta quinientos peones diarios. Nunca, en México, se había realizado tarea tan grande, y los resultados ya fueron sintetizados por el Presidente Carlos Salinas de Gortari: Tajín, la Metrópoli del Arte.

Para el Gobierno de Veracruz, el punto crítico era salvar el Edificio de los Nichos, que, aparte de muchos deterioros, tenía derrumbándose su lado poniente. Fue necesario desarmar las grandes piedras numerándolas, bajarlas al previo número, y regresarlas a su sitio. Quien conozca la dimensión y posible peso de cada losa de piedra, puede imaginar el trabajo realizado, pese al

auxilio de Petróleos Mexicanos con su grúa. Cuando, sorpresivamente, apareció el comienzo del "tiro" para bajar a la cripta, sin escalones, el problema fue muy grave, pues el relleno parecía incontenible. Debíó irse apuntalando, con armazón metálica, porque la madera no habría resistido mucho tiempo. La refinería de petróleo, con sus humos, ya tenía negra la parte norte, y para someter al lavado toda la pirámide, los productos utilizados fueron ensayados previamente.

Los trabajos en el Edificio de los Nichos condujeron a muestrear el peligro para toda la ciudad, por filtraciones y escurrimientos de agua proveniente de las partes altas. Fue necesario estudiar hasta el subsuelo e ir haciendo avenamientos, alcantarillas, canales. Llevó esto a considerar sus días de apogeo, con el problema previsto y resuelto a base de canalizaciones, azolvadas al paso de siglos. Los recientes trabajos encontraron depósitos de tierra, en algunos casos, de más de un metro en su espesor, y donde teóricamente no los habría, la plaza monumental, más de diez mil metros cuadrados tuvo, sobre su adoquinado, más de cincuenta centímetros de tierra. Toda la ciudad estuvo adoquinada, por eso, el problema de remover la tierra, tirar el azolve, no fue de las tareas pequeñas, porque se unió al escombro de todos los edificios.

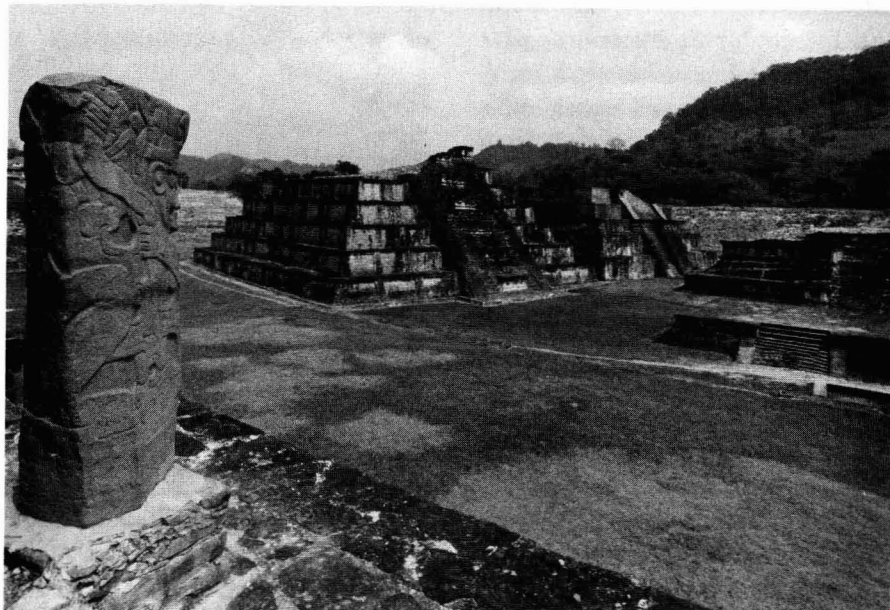
Volviendo al Edificio de los Nichos, ya se dijo, inicialmente, que fue una pi-

rámide con sus 25 metros de altura, pequeña junto a las tres famosas del Egipto, pero ésta, con su extraordinaria decoración de nichos, en alarde matemático de simetría, para computar el año lunar y las cuatro estaciones, era, de igual manera, una tumba real, teóricamente inaccesible, únicamente para ser contemplada en su tonalidad ocre, color emblemático de los totonacas. Pasado un tiempo, decidieron volverla templo, y lo hicieron, con fastuoso santuario, de impresionante decoración, el camarín barroco de su tiempo; pero, urgido de la escalinata, se la construyeron, en idéntico estilo artístico, aun cuando, deplorablemente, cubriendo nichos del oriente y, todavía sujetos a Tula y adoradores de su dios Quetzalcóatl, como templo, fue dedicado al culto del planeta Venus, lucero de la mañana, Tlahuizcalpantecutli. La escalera, con las típicas alfardas mesoamericanas, adornadas de grecas, vio interrumpir sus escalones con cinco tríos de pequeños nichos, el imperativo número quince, que la religión de los astrólogos mesopotámicos asignaron a Venus, el planeta.

Pese a la fachada en el oriente, no dejaron una plaza de razonable dimensión, pero sí espaciosa en el poniente, circundando su lado norte por un gran muro de contención, y al extremo poniente, la puerta del coatepantli, con las construcciones para la guardia. En esa plaza occidental, selva y escombros cuando se iniciaron los trabajos, había un montículo bajo la selva. En él realizaron, arquitectos y arqueólogos jarocho, el afiligranado escrúpulo de la más alta técnica, que la probidad científica debe reconocer; y surgió, casi de la nada, o de la paciencia infinita, uno de los más bellos edificios, decorado con ciento doce nichos, dobles, o sea, el nicho típico del Tajín, enmarcado por otro nicho de pequeñas columnas; al fondo sobre la sombra del claroscuro, la greca del crótalo. Son, así, 224 nichos, los días de la revolución sideral del planeta Venus, al occidente; para la estrella de la tarde, Xólotl, guía en el inframundo de las almas, de los astros; así aparecerán a la otra mañana, por el oriente.

Al sur del Edificio de los Nichos, había enorme cúmulo de los escombros

arrojados por trabajos anteriores. Fueron despejándose, cuidadosa, lentamente. Surgió, primero, un Juego de Pelota, con interesante y fino grabado al centro; uno de los cabezales marcando la calle con el Templo a Huracán, que también reveló sus construcciones posteriores y las distintas etapas constructivas; pero el edificio contenedor del muro sur, en este Juego de Pelota, no sólo tiene una fachada en complicado alarde arquitectónico, pudo conservar suficiente muestra de pintura figurativa,



y por la disposición de sus crujías, acaso pudo funcionar como escuela de pintura, junto al oráculo del arcoiris, en tanto, más al sur, otro edificio, aparentemente sólo un informe montón de piedras, fue despejándose, con habilidad, lealtad, levantando su abatida forma. Sin embargo, el problema subió de punto, cuando definitivamente, la simetría, regla de oro en el Tajín, fue rota. No era posible, y sin embargo, la realidad surgía poderosa, frente a la lógica tradicional. Edificio no, casi testigo de la relatividad, lección del conocimiento científico en materia de climatología, pasmosamente resuelto, y traducido al equilibrio arquitectónico.

El Juego de Pelota Sur, famoso por sus relieves de gran finura, mereció tratamiento especial para dejarlo en condiciones óptimas. La interpretación puede considerarse correcta, pero el gran promontorio de su lado sur, en el primer intento por explorarlo, hizo

fracasar a la inexperiencia. Fue acometido ahora, parsimoniosamente, con total desconfianza, y poco a poco, fue surgiendo su fachada, con muchos datos perdidos irremediablemente. Su esquina nororiental presentaba reto mayor, que al despejarse, mostró la subestructura de un tiempo anterior, cuando el dominio de Teotihuacán se apagaba para no brillar más, y encender, por legítima herencia, las luminarias del Tajín. A contraesquina, un Juego de Pelota con el relieve a orilla de la

media cancha, inicio de sacrificios de Tezcatlipoca, según la fuente histórica, y en lo alto, la desconcertante decoración, repetitiva, de la "cruz griega", theos en idioma griego, téotl en idioma náhuatl, en ambos casos, traducible por "Dios", con algo más; la fila de símbolos, parecen los rosetones con los cuales, posteriormente, la cultura occidental decoró algunos edificios del arte neoclásico; mientras al oriente, otro Juego de Pelota, recurriendo al estuco, en cierto paralelismo con Palenque, se decora sobria, elegantemente, y a los lados de la cancha seis esculturas, que todavía no entregan su recóndito secreto, adelantan un posible nexo con Quetzalcóatl.

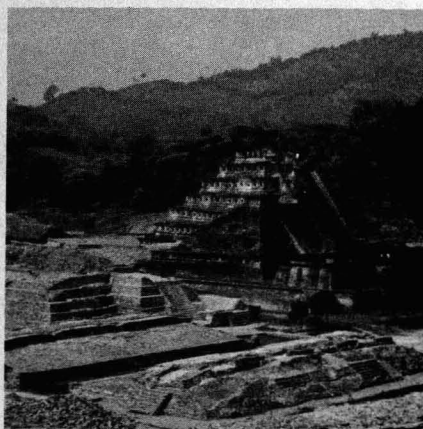
Este derrotero, hacia el sur, conduce a la Plaza Monumental, entrada y salida de la ciudad. Esta plaza, de más de cien metros por lado, está enmarcada por cuatro edificios, uno de más de noventa metros de largo. Cuando la selva la cubría pareció una temeridad el intento

de su exploración, teniendo tamañas dimensiones, exigiendo tanto dinero, tantos brazos de trabajo, tanto tiempo. Tal vez fue un golpe de audacia iniciar los trabajos en ella, porque se acometieron, y ya va pudiéndose decir que se concluirán. Se principió con el edificio ubicado al oriente, más grande. La fachada es un premio al coraje, que desfalleciendo y reanimándose, volvió a la pelea. Qué pequeño parecía el hombre, frente a su empresa; pero salió. El edificio del poniente, su paralelo, había sufrido más hundimientos, deslizamientos. Ese recibir de los estucos para reestructurarlos, consolidarlos, y regresarlos a su sitio con toda exactitud fue tarea cabal para quienes lo padecieron día con día, con el sol quemando la espalda, con la duda minando la fortaleza, con los latigazos del sarcasmo de quienes creen ser superiores; pero el edificio emergió. El montículo del sur, menos problemático, era el tercero, y no faltó alguna voz de aliento, de compañerismo en los criterios a distancia. Hermoso edificio fue. Cuando la inauguración, deslumbrante, con sus cuatro escalinatas, recordando sin más al "Castillo" de Chichén-Itzá, que bien mirado, se inscribió en las culturas del Golfo. Y el edificio del norte, sin concluir todavía su exploración, pero, ya dicta su cátedra. Deja ver sus etapas constructivas. Hubo, en muchos casos, la práctica de renovar sus construcciones cada 52 años, haciéndole, sobre su anterior, una nueva, o cubriéndola sólo con una capa de aplanados. En el caso del edificio norte de la Plaza Monumental, cada sobreposición fue tan fiel, que volvieron a labrar nueva piedra, e hicieron otra vez nichos que ocultarían, para siempre, a los anteriores. Hoy, el visitante podrá constatar el derroche de materiales, de fuerza de trabajo, de técnica, para servir a una idea, a una creencia, a un fervor, de ninguna manera menos del que impulsó a los constructores de las catedrales góticas; allá visible, aquí oculto.

Una construcción, marcada con el número quince por el primer ordenamiento, había sido comenzada en su reconstrucción. Ahora, se decidió respetar lo hecho y trabajar lo restante, la mayoría. Hubo hidalguía frente al pa-

sado, hubo presencia moderna; el resultado, la recuperación de un edificio a tono con la grandeza que arroja las reliquias. De igual manera, respetando lo hecho en el Edificio Azul y en el Rojo, se completó la perspectiva de la urbe, pese a que ya en la decadencia de lo clásico, lo moderno pareciera, no tanto la llegada de lo nuevo, sino aquel olvidado grito en lo alto del Olimpo: "¡Ya se fueron los dioses!".

Desde la puerta occidental de la ciudad, corre, flanqueando las colinas, un



gran muro de contención, delimitando en su lado norte la parte baja de la elevada o Tajín Chico. Es muy largo y alto, con tramos arquitectónicos de calidad. Haberlo reconstruido pudo alardear esfuerzo del pasado; sólo fue perseverancia su reposición. ¿Qué había, en el interior del encargado del trabajo? Quien lo debió reconocer, nunca lo hizo, ni la frase de aliento, ni el trato amable. Solo, replegado en los parias morenos, mexicanos, atados al cordón umbilical de su tierra, y a unos hombres ya muertos, a una cultura en exhumación, a un espíritu de soterrados milenios, resistió. Subjetivo todo, acaso metafísico, pero muchos visitantes ya valoran el trabajo en el muro de contención, que además envuelve al Juego de Pelota Central, y al central con el derecho; es el calendario en la ciudad casi del positivismo, con matemáticas y astronomía por base de la ciencia. Este Juego de Pelota Central, además de la cenefa sustituyendo a una cornisa sin cabida, se adorna con seis tableros de texto didáctico, sintetizable al decir que representan a las, increíble, seis estaciones del año, paralelas con las del

llamado "Calendario Hindú", por más que allá llegó al Indo, desde Mesopotamia, y aquí, sólo evoca, por su coincidencia, ese famoso libro de Kalidasa: *La Ronda de las Estaciones*.

En el Tajín Chico, de arquitectura civil, prudentemente, se intervino en trabajos anteriores para restablecer, de manera segura, sus detalles constructivos. Aplazados, por su magnitud, ya se iniciaron los rescates en el conjunto llamado de "Las Columnas". Habían rodado, y se conocían con aplauso, tambores de columnas esculpidas, con personajes, animales y escenas. Comenzó a delinearse la edificación a mayor altura, dominando a su acrópolis; el sistema empleado tiene mucha personalidad e independencia; ya fue localizado el emplazamiento de las columnas. Aquí se deberá trabajar largo tiempo; ya se comenzó. En cambio, subiendo de la ciudad sagrada para la civil, había una construcción de recatadas dimensiones, mostrando sólo medio flanco. Al iniciar los trabajos, esa parte fue mostrando artística decoración y pintura. Extremados los tanteos, han ido apareciendo los testimonios para considerarle un Palacio del Arte, ordenado por un plutócrata sin límites para invertir en el arropamiento de su espíritu, toda vibración estética. Se salva ya pintura con la técnica del fresco, en casos, para preservar el color, para dar idea del dominio en la preparación y aplicación de los colores, firmeza y maestría del pulso. La sala de música, con su adorno en alto relieve de sonajas, todo, absolutamente todo, trasudando arte, sobre la perspectiva triunfal de la ciudad.

Abajo, los trabajos del Gobierno de Veracruz ya sólo incluyeron el antiguamente llamado "Cuadrángulo de los Nichos", diciéndose ahora "La Xicalcolihui"; es una enorme greca, de más de cien metros de largo, curvada en ángulos rectos, a manera de la cola del alacrán. Su contorno, guiado por el basamento, está formado, cual artística muralla, por nichos de magnificadas dimensiones, todo tallado en piedra y ajustado con la maestría incaica; es una piel tersa de juventud, y habrá de ser, después de la Pirámide célebre por sus nichos, la segunda maravilla del Tajín. ◇